#pobreperoviajada

JUANA MOLASSES

Image not found.

Capítulo 1

Houdini

J. me pasó a buscar puntual a las nueve. No tenía muchas ganas de que pasara por acá, mi determinado rechazo de siempre a que vengan a la puerta de esta casa. Cuando bajé un microsegundo y se lo comenté a mi madre, pude ver en ella su cara de verguenza. Nunca le gustó que viniera gente a casa, siquiera que pasaran por la puerta, es una taradez porque tampoco hizo nunca nada para que al menos la puerta que da a la calle sea un lugar un poco más habitable, siempre fue de esconder lo que pasa detrás de esa puerta y con ese mismo miedo y verguenza inútil crecí todo el tiempo hasta ser la escondedora Houdini que soy.

Eso ya me la bajó un poco.

Creo que estoy bien, el esmalte rojo del mismo color del labial, para tapar el herpes del labio superior que igual ya está seco. Me até el pelo con un rodete informal con algunos clips y salí a la puerta. J. estaba enfrente de la clínica que está al lado de la puerta de casa en su auto. Siquiera me vio llegar porque estaba mirando el celular, que es lo que hace últimamente más que cualquier otra cosa cuando tiene un momento a solas, mirar esa pantalla.

Karma instantáneo - pienso

C. mi ex pareja, me decía todo el tiempo que yo no paraba de mirar el celular. Y hacía lo mismo que ahora hace J., apenas un segundo a solas y ya lo sacaba y miraba algo. No se exactamente si lo hacía para tener algo que hacer, sentir estar haciendo algo sin parar o porque no quería sentirme sola.

Las luces del auto están a pleno y me subo al lugar que me toca ocupar, del lado del acompañante. Lo saludo con el cariño fingido de un abracito, corto pero pretendiendo que sea algo tierno, aunque no se si se notó. No le doy un beso porque tengo el labial, pero no se si en un punto me lo puse para no tener que besarlo. Le doy la caja de pastillas de menta que me pidió, porque había estado tomando alcohol antes de llegar y en ese momento, lo vi a medias. A él, digo. En el asiento del conductor. En mi propia visión a medias, en que no estoy presente al 100%. Me gustó encontrarlo en saco, es que por lo general, por no decir casi siempre, está vestido bastante informal, bastante como el orto. No es algo que igual me moleste demasiado, creo que mi límite lo encontré en las remeras de super héroes. Me espanta ver a un hombre adulto con remeras de Batman o uno de esos personajes, me resulta aniñado a un punto que no tiene retorno a la adultez, de verlo prácticamente incogible. Y lo se porque me pasó. Con otro ex que no era el anterior pero que casualmente tenían el

mismo nombre.

Propone ir a tomar algo y digo que puede ser por San Telmo, que está un poco más cerca de acá y le parece ok. El propone un lugar y el gps nos lleva. Más adelante propongo otro y le parece bien, a veces su "panquequismo" me funciona, en casos como este, que no le jode tener que cambiar de planes y sólo sigue la corriente.

Deja el auto a dos cuadras y caminamos un poco, lo voy rodeando con el brazo a la altura de los hombros, es algo que me gusta hacer a los hombres en general y flirteamos un poco. Me siento bien con él, por lo general automáticamente, como el accionar de una perilla de luz: me siento bien, me siento mal, me acomodo, me incomoda, soy yo, es él. Quién lo sabe, sólo ocurre y no puedo trabajarlo de la manera exacta en que me gustaría poder hacerlo.

El lugar al que llegamos no es de lo mejor o más íntimo ni oscuro. Me doy cuenta cuando me paro en la puerta que tenía ganas de estar en un espacio más lúgubre o algo así, pero ya estamos ahí y la barra está ocupada así que nos acomodan en una mesa para dos.

Me olvidé la billetera - dice - Pagás vos y después te doy la plata, puede ser?

La historia de mi vida, pienso. Pero no digo nada.

Bueno, siempre te invito yo, no es para ponerse así - dice. No se como me habré puesto, pero no debe haber sido muy simpática mi gestualidad. Este tipo me pide que pague, si supiera mi déficit económico al punto del suicidio épico que vivo, se pondría a llorar e iría a buscar la billetera a la otra punta de la ciudad o me abandonaría inmediatamente. A mí también me la baja estar con alguien sin estabilidad económica. Es una paja lidiar con la pobreza de los demás. Ya lo viví. Ya me la bajó. Ya quedé que no lo iba a vivir más con otros. Karma instantáneo: ahora me pasa a mí. Pero no lo digo para no bajársela a él.

El mozo habla raro, entre pausado y con un tono de locutor a medias, me incomoda un poco. Creo que en eso somos iguales, a él también lo veo incómodo. Pedimos un par de tragos de esos como vermouths que tomaban nuestros abuelos los domingos pero ahora están de moda, porque le agregan un par de ingredientes raris y piolas, como pimienta rosada o mezclas de hierbas y pedimos un par de entradas para bajar la bebida. Lo que importa es lo que se toma.

El mozo se va y J. me cuestiona casi inmediatamente: - Estás muy poco responsive últimamente- Lo sé y no digo mucho al respecto. Quiero decirselo pero no siento poder, porque cuando lo haga ya se que no lo voy a ver más, me duele lo suficiente como para callarme, es ridículo al mismo

tiempo y también lo se, porque en los últimos meses desde que empezamos a salir (diciendo salir como dejar de coger en su departamento para empezar a tener citas afuera) lo vi contadas veces. Siempre está afuera, de viaje, filmando un video con algún tipo famoso latino y subiendo fotos a Instagram o en un festival en algún lado mostrando su película.

Me la baja un poco, a decir verdad. Pero también me puede, porque me gusta conocerlo en su estado de soledad, cuando no hay nadie más y él es como es. Los hombres que más me gustaron supieron llevar bien esa coraza excepto cuando estamos solos. J. la lleva como me gusta, creo que porque todavía siento que me gusta.

Me cuenta del festival en el que ganó no se cuantos premios en todas las cuantas categorías y todas las anécdotas con la actriz chapa con la que viajaron. Al segundo vermouth me está contando que su ex mujer está embarazada de un tipo con el que sale hace cinco meses y como esto se convierte también en "su problema". La decisión de ella de no querer volver a tener hijos fue fundamental en la separación entre ambos. Está nervioso y se le nota, lo veo moverse, incómodo en la silla, en su piel. Y de todas maneras no entiendo por qué mierdas me está contando esto a mí. Sólo entiendo que claramente el tipo sigue enganchado con su ex, porque sino no le molestaría, porque el embarazo de ella no es su problema y no es un problema de nadie más que de ella.

Ella es así, viene bien y desbarranca. Estaba mejorando, se había ocupado de su carrera y venía como un tren, super bien y después empezó a aflojar y ahora está en el limbo y va a tener un hijo. Es ridículo, porque ella no está entera, no está armada para eso. Es un mal ejemplo para nuestro hijo, que ella esté boyando y tenga otro hijo con un tipo que recién conoce - Acá es cuando todo menos el embarazo me hablan claramente de que no sabe nada de mí y de que si lo supiera entonces no habría chance de que estemos juntos, porque no hay nadie menos "armada" que yo en este momento. En casi todos los aspectos de mi vida en los últimos años, que vengo de vida en caos a caos de vida y siempre con el bello toque de desprotección afectiva que me caracteriza.

Su problema con su ex, me parece, es el "no retorno", después de un embarazo de otro tipo no hay chances de volver. Me dice que soy la primera persona a la que se lo cuenta ¿para qué me lo cuenta? Igual yo no digo nada. El tema afloja un poco y ahora me cuenta que la semana que viene se va de viaje (sí, otra vez) a Miami a filmar un clip para unos youtubers y va a llevar a su hijo a Disney "porque le está yendo bien" y porque quiere que su hijo vea por qué el padre está tanto tiempo ausente, que vea qué significa cuando le dicen que su padre está trabajando.

Entre la mezcla del alcohol, el enojo interno que empieza a supurar, el calor del lugar y la marea de sensaciones siento que no puedo más y le

digo que:

Tengo algo para decirte también. - Lo veo callado, esperando a lo peor, puede que llegue lo peor - Estoy embarazada - Digo con voz seria - De mellizos - Lo digo seria pero claramente me empiezo a reír como para descomprimir un poco todo lo que había pasado. Se ríe mostrando los dientes y yo también - Bueno, no es eso, pero me voy en marzo.

Acá es donde su cara cambia de forma. Y veo a otro J. Serio de verdad. Serio en serio.

- ¿Adonde te vas? ¿A Tailandia? ¿Como de vacaciones?

- Sí, pero me voy, voy. En marzo. El 13 de marzo.

- ¿Pero y a qué te vas? ¿Qué vas a ir a hacer allá?

- Vivir. Un tiempo

- ¿Tenés un plan? ¿Ya tenés el aéreo?

- Sí

- Mostramelo

- No

- ¿Por qué?

- Porque no

- ¿Y cuando te vas?

- Llego a Nueva York y me quedo unas semanas y de ahí me voy a Tailandia el… (miro el celular inventando una fecha) 4 de abril

- ¿Vas a Nueva York? A ver al tipo que conociste allá

- Me quedo en su casa, me la prestó

- Te la prestó. Y él no va a estar ahí.

- No, está viviendo en Vermont

- Y tiene la casa vacía

- ¿Por qué? ¿Te interesa alquilarsela? Le pregunto haciéndome un toque la

boluda

- No tengo ese morbo. O sea que va a ir a cogerte a su casa

- Sólo me prestó la casa, me dijo que me puedo quedar el tiempo que quiera. Que me quede a vivir un tiempo y si todo sale mal me vaya a Tailandia

- Entonces te va a coger y te va a mandar a Tailandia. Es muy de puta

- Es mi problema

- Lo sé y me estás mintiendo. Porque no te vas a ir. Me estás haciendo un mind game - Se rie como un loco en un tono más alto y muestra todos sus dientes chiquitos - Sos una enferma, me hiciste un mind game, me dice, respondiéndose solo.

Yo no digo nada pero acá es cuando me rio. Pero me rio porque no es la primera vez que me pasa que no me creen algo que digo. Todos estos hombres que quieren escuchar lo que ellos quieren. No sigo y él tampoco. Me toca pagar la cuenta y voy al baño antes de salir. Dejo de propina un billete de cien. Ya me chupa todo un huevo. La plata y la vida me chupan un mismo huevo.

Vamos a un bar en el centro, por Avenida de Mayo. Sentí que era temprano para entrar a cualquier lugar donde hubiese una fiesta en un bar pero ya había gente. Es martes. Saluda a alguien que está adentro, que vio desde la puerta. Y dice:

- ¿pido algo para tomar, no?

- ¿Y la billetera?

- Y la saca del bolsillo de su saco y la estira como haciéndola bailar en el aire.

Me quedo hablando con un amigo suyo y al rato llega Mara. Una amiga cercana de C., el ex que usa las remeras de super héroes más gastadas y horrendas jamás vistas por mí. El ex más estable que tuve, de todas las relaciones que tuve, con el que más tiempo estuve y que hasta llegamos a convivir. Al que menos quise de todos, también. Mara fue un personaje con muchos puntos de contacto en un largometraje que había hecho mi ex. Su personaje tenía mambos con el padre ausente, con su jefe misógino y no recuerdo que más, porque nunca vi toda esa película, excepto por algunas escenas cuando editaba C. en casa y me pedía una opinión de algo, o reeditaba cien veces algo y ya me sabía la escena de

memoria sin tener ganas de hacerlo.

Cuando mi amigo Pol vio la peli me dijo “Te hizo a vos en la película, sos Mara, boluda, es un tarado” Ahora acá mismo, en el bar Mara me reconoce y me saluda. Una parte de mí esperaba que no me reconociera, pero al mismo tiempo sabía que no era posible del todo. Entonces entiendo que hoy todos ahí van a saber quien soy. Otro director de cine en mi lista.

"Cuiden a sus directores señoras, porque acá estoy llegando" (mientras chasquea dedo).

De repente, en cada situación de saludo, todos dicen “ya se quien sos” o “Mara me dijo que eras vos” o algo por estilo. Gente que ni yo sabía que conocía. - Forra, pienso. Fuiste un poco yo en su película - pienso. Mi doppelganger me estaba cagando. Es como si mi yo de la película me cagara a mí en persona de la vida real. No quiero que me importe.

Algunos empiezan a irse y J. me dice de ídem. Cuando nos ponemos a saludar a algunos me tropiezo un poco con un mini escalón que no veo o que me llevo puesto porque ya estoy bastante en pedo y fumada como casi siempre que estamos juntos en cualquier contexto. En la puerta del bar le pregunto si puede manejar y dice que sí. Le digo que mejor me voy a casa porque estoy indispuesta y me dice que no le importa si no cogemos, que quiere dormir conmigo, pero yo no entiendo por qué. Nunca me abraza cuando estamos en la cama, nunca estamos cerca ni nos rozamos cuando dormimos juntos. Tengo ganas de dejarlo apenas lo pienso - esto no me llena - siento.

Estoy demasiado borracha para discutir o evitar cualquier cosa y de todas maneras ya vamos camino a su casa. No entiendo como no le aburre terminar siempre en su casa, no saber nada de lo que pasa en mi mundo, cómo lo soporta, no podría hacer lo mismo, necesito ver el mundo de los demás, sobre todo el mundo de las personas con las que salgo o que me interesan. Es la primera vez en mi vida que me pasa esto, de no poder mostrarle a alguien el lugar donde vivo y es la primera vez en diez años que no tengo mi propio lugar. Sólo pensarlo me da ganas de autodestruirme como una carta del super agente 86 ¡Pum! Y desaparecer.

Llegamos a Parque Chas, a su bella casa como de pareja de ancianos que tiene. Abre el portón del garage con el control remoto, porque la llave la tiene un tipo que se está quedando en su casa por unos días, un crítico o periodista peruano o algo así. Un invitado que se queda en la habitación de su hijo, así que tengo que ir al baño que está en la otra punta de la casa, por las dudas de que el tipo ya esté en la casa durmiendo.

Vamos a la habitación y nos besamos un rato. Le recuerdo que no puedo coger pero ya me estuvo metiendo mano en el culo y me dice que si me

pongo una tanga fluorescente es porque quiero coger. No lo había pensado así pero no es la primera que cogemos cuando estoy indispuesta, pero estaba mucho menos que ahora, en el segundo peor día. Voy al baño que está en la otra punta de la casa enorme y fría, a sacarme el tampón como puedo y me da su teléfono en modo linterna, porque el baño no tiene luz. Me quedo un rato en el baño haciendo tiempo, no se exactamente por qué, lavandome los dientes, mirando el lugar en la oscuridad. Noto que el inodoro tiene una tabla adosada al asiento por primera vez, y ese detalle me hace quererlo un poco. Paso por la cocina y agarro un vaso con agua y la tomo, pero dejo el vaso en el piso del baño a oscuras y agarro el celular que me había olvidado ahí.

No me acuerdo como cogimos, sólo que acabó adentro. Pero no me importó porque estaba lo suficientemente indispuesta.

A la mañana siguiente me desperté a las seis y veinte. Ya era de día. Me puse una camisa suya, lo suficientemente grande para mí y me fui al baño a ponerme un tampón y la tanga rosa fluo de nuevo. Volví a la cama.

Cuando me volví a despertar el teléfono de J. vibraba en el borde de la cabecera de la cama, que es como un mueble largo sobre el que todas cosas terminan apoyadas. Lo muevo para que se despierte y se lo paso. Es la mujer que hace la limpieza en su casa. Le pregunto que hora es y dice “Nueve y veinte” mientras se viste y baja rápido a abrirle a la mujer que viene a limpiar su casa una vez por semana. Le abre por el portón del garage, escucho como ella le dice que casi se va, porque nadie le abría.

Voy al baño y me veo un toque averiada, con la cabeza entre el mareo y el colapso. Me visto y me pongo algo de maquillaje, como para salir a la calle presentable o menos reventada. Salgo del baño y veo que J. no está en ninguno de los lugares comunes de la casa así que subo a la pieza y veo que está ahí parado cuando me dice “Vení, abrazame”. Lo abrazo sin dudarlo un segundo y bailamos en silencio como cuando teníamos diez años e íbamos a los bailes de la escuela: mis brazos extendidos con las manos apoyadas sobre sus hombros y él igual pero a la altura de mi cintura. Empieza a bajar las manos, como contorneándome los muslos “ Seguro que hacías eso en la primaria. Me tengo que ir” Le digo

- Pará no te vayas, tomemos un café y te vas

Tomamos el café en el patio, sentados enfrente de una de las mesas de mármol que trajo de su cafetería cuando cambiaron los muebles de la calle. Me gusta verlo ahí enfrente, con la camisa leñadora entre la enredadera enorme de la pared enorme que llega hasta la terraza, que está mucho más arriba. Me gusta verlo a él entero, como me lo permito algunas veces. Mi amiga Marina me dice que me obligo a que me guste, pero no estoy segura de que sea así, porque cuando lo veo siento que me gusta. Tiene esto como yo, que no tienen muchas personas, dos caras

diferentes, por momentos tiene una cara y por momentos otra, no se exactamente como explicarlo pero también se nota en sus fotos, como su cara no es la misma en cada circunstancia y va cambiando como en una metamorfosis instantánea. Me gusta más una de sus caras, me gusta también cuando abre grande los ojos para reforzar un punto. Me pone un poco triste esto que siento por él, siento que por primera vez yo lo tengo menos a él que él a mí, que podría hacer lo que quiera conmigo en este momento, aunque a cada momento de lo que sea que hay entre nosotros no lo hace o no lo sabe, incluso cuando siempre le digo que sí a todo lo que viene de él.

Y con el café entre nosotros todo vuelve al tema de lo que estábamos hablando ayer.

"J. me voy en serio a Nueva York". Me vuelve a pedir que le muestre el pasaje y le digo que no, otra vez. Me dice que si le estoy mintiendo se va a enojar en serio. Le digo que no me joda y que de todas formas él sigue enamorado de su ex. Vuelvo a verlo serio y me pregunta por qué le mentí ayer.

"Porque no me creías" le respondo.

Nos quedamos un rato en silencio y voy a buscar mi cartera. Me pongo la campera y le digo que me voy, aunque antes dejo las tazas y los platos de pasada en la cocina, donde está trabajando la señora de la limpieza. J. me acompaña al portón. Salimos a la calle y nos abrazamos. Vaya manera chota de despedirnos. Casi tan boludamente como cuando empezamos a vernos hace unos meses, como cinco, durante la misma semana en que yo había vuelto de mi viaje a Nueva York.

Cuando llego al subte leo un mensaje de whatsapp: "Supongo que ese fue nuestro adiós. Me parece bien decirlo porque desde que me separé no me había enganchado con nadie excepto con vos. Nadie pide mi opinión pero me parece bien que te vayas a NY que creo que es un lugar que se ajusta mucho a vos. Es una buena movida"

No tengo muchas ganas de responder, me encuentro revuelta, como con el mareo con ganas de vomitar de esos que pasan estando arriba de un barco.

"Gracias. A mí me pasa ídem" le respondo. No creo que entienda que me refiero a lo que siento por él, que tampoco sentí algo parecido desde que me separé o quizás antes de eso, no se que siento por J. pero me marea y me agota. Siento alivio de alejarlo como me pasa siempre que termino algo con alguien, pero al mismo tiempo no es lo que quiero, querer un poco más de él me hace querer alejarlo al mismo tiempo. No se bien qué hacer con un hombre, pero es claro eso de antemano cuando la

verdad es que mucho menos se que hacer conmigo. No tengo dominio de mí.

Capítulo 2

02. Cuando volví de Nueva York

A mi regreso de mi primer viaje a Nueva York, hace un años más o menos, me junté en la casa de mi amiga Romi y su marido a cenar con unos amigos, G. & G. que son una pareja gay. Un rato después llegó J., al cual ya conocía de antes, de habernos cruzado y saludado, no mucho más. De veces que ni se acuerda, porque ni me registró, ni siquiera cuando encontré sus llaves la vez que las perdió en su departamento, hace como un año atrás en su cumpleaños. Tampoco es que a mí me había caído simpático, así que estabámos bastante a mano.

Un día antes de esta cena yo había ido a un tarorista amigo de Pol, recomendación "importantísima" que me había hecho en Nueva York antes de seguir de viaje para Barcelona. Recuerdo que cuando fui a verlo y me "tiró las cartas" me dijo tres cosas, de las cuales dos se cumplieron y una era que iba a salir con un tipo "muy visual y que tiene un hijo". No era el doctor que había conocido unos días antes en Brooklyn, que me había partido la cabeza, ablandado el corazón y abrazado en cucharita durante mis últimas noches---

"Es J., la puta madre", pensé mirando para un costado y apretando los dientes, pero no dije nada.

Y entonces, cuando él llegó a la casa de Romi, sentí que ya estaba todo confirmado, aunque yo intentaba poner una resistencia y algo de distancia para sentir que puedo cagar a las cartas. El contaba que su ex ya estaba en pareja con otro después de un año separados y que por primera vez a él ya no le importaba, que no necesitaba googlear al tipo que ahora salía con ella. Pasé toda la noche contando sobre mi viaje y del tipo hermoso que había conocido antes de volver, de la noche que escuchábamos a Lorde en su auto cruzando el puente de Williamsburg o como me leía poesías en un bar de libros usados en Bushwick. De como me enamoré perdidamente de sus anteojos la primera noche que nos vimos y su perro se enredaba entre la gente en Roberta's, una pizzería hipster en Brooklyn.

Nos reímos casi toda esa noche en la casa de Romi y en un momento J. sacó una bolsa de pepas, de las que me tomé dos pensando que era media, y él se tomó otras dos, para no dejarme sola en el viaje. Al rato G&G pidieron un Uber para volver a su casa y nos fuimos con ellos. En el camino medio entonados del alcohol y medio empepados J. me contó como él había sido el retocador digital de Susana Gimenez en la tapa de la revista de moda Parati del año 97. Esa revista fue una en particular con la Pol y yo nos habíamos obsesionado cuando la vimos ese año, Susana parecía 20 años más joven y tenía como un halo celeste, creo

que porque fue en esa época en que empezaron a surgir los retocadores de photoshop y J. justo venía trabajando de eso.

La cuestión es que a partir de ese Uber, y aunque esa noche a él ni siquiera se le paró, J. y yo nunca dejamos de vernos, cuando él podía, porque no estaba casi nunca. Recién terminaba su primera película y en su vida sólo eran viajes. Y su hijo. Yo recién estaba de vuelta en Buenos Aires y no estaba segura para qué había vuelto a este lugar que nunca me cae bien del todo y donde no tengo muchas razones para estar de vuelta.

Ahora que lo pienso, era obvio que íbamos a fracasar.

Capítulo 3

03. Lo que me hubiese gustado, lo que nunca fue, lo que no es

Borro todas las mierdas de mi teléfono, las apps en general, para no caer en la tentación de mirar lo que hace J. o lo que sea en qué anda. Qué mierda estar otra vez pasando por estas sensaciones del orto por otro tipo! No quiero saber, esta es una de esas veces en que me toca ser la que se distancia, porque aparentemente yo soy la que quería terminar esto, sino no hubiese dicho nada. Me quiero limpiar.

Salgo a la noche a cenar con Marina, es la primera vez en mucho, muchísimo tiempo que tomo jugo, uno horrible, con sabor a frutilla, pero ellas toman vino y yo no: "Me quiero limpiar un poco" digo. "¿De qué te sentís sucia?" Me pregunta ella. Pero no se como responderle que me siento sucia de todo, tapada de cosas, como la casa de mi vieja, llena de cosas innecesarias, que no necesito y me obligo a tener, para tener algo, para no ver que hay más abajo, eso que en inglés se llama clutter. Me quiero ir a vivir a otro país pero más que eso es no quedarme, no quiero estar acá mismo, en esta ciudad, sacarme la sensación de no tener nada por qué avanzar. Todo lo siento quieto, las cosas se traban, los trabajos que parece que salen y no, mi desconcentración, una tristeza amarrada que sólo me genera una amargura constante y todo eso es tan interno, no puedo mirarlo, no encuentro manera de detenerlo. No avanzo y en ese contexto me hago entender que es normal que quiera irme a otro lado.

¿Pero de verdad me estoy escapando? -Sí.

¿Está mal querer escapar de algo que no me hace bien? No se siquiera cuál es la diferencia entre escapar y salir a buscar algo. No se qué es ese algo exactamente, es otra cosa, una sensación familiar, algo que no tengo acá hace muchos años. Voy y vengo de un viaje a otro, vuelvo a Buenos Aires y me quiero ir otra vez. Vuelvo a la ciudad y no se para qué. Me voy a otro lado y no quiero pasear, quiero establecerme, quiero tener mi propio espacio y acá no lo encuentro, no quiero ir a buscar a otro tipo, no me interesa nada de eso, me interesa encontrarme a mí, darme algo de verdad, algo que acá no me estoy pudiendo dar. No tengo la casa que quería, ni el trabajo de mis sueños ni uno que al menos me de estabilidad de alguna manera, no tengo una familia o una pareja, no tengo un hijo y no se me cae una idea. Siento verdaderas ganas de arrancarme todo.

Y no es la primera vez que lo siento, esto de irme y no querer volver. Es cierto, no hubo un plan para esto pero tampoco lo tengo ahora. Quiero tener un plan, pero no se como desarrollar uno, sobre qué cimientos ¿sobre qué mierda se construye un plan? ¿sobre un papel? No se planear y es la historia de mi vida, quiero tener un plan, un proyecto y una idea. Ver a todos los demás creciendo en sus propias vidas me… enfrasca. No

sé qué me pasa exactamente pero me produce algo, más interno que la curiosidad o la envidia, un poco más que querer algo de lo que tienen, más cerca de ¿por qué nunca me permití tener algo de esto para mí? Bueno, la cosa es que ahora lo quiero, quiero tener lo que todos los demás, pero de mi propio modo, no repetir un modelo o seguir un patrón, quiero una familia, quiero estabilidad, quiero comprometerme hasta que el lodo me tape hasta el cuello y no tenga forma de salir.

Quiero dejar de escapar.

Pero no se como empezar, por eso saqué un pasaje para irme a empezar a otro lado, en otro contexto de otra ciudad con otro idioma, donde no hay un espacio para mí. Como me pasa acá pero con subtítulos en otro idioma

Capítulo 4